De la esperanza, con que andar solia
Por la escura region de vuestro olvido.

III.

Echado está por tierra el fundamento
Que mi vivir cansado sostenia.
¡Oh, cuánto bien se acaba en solo un dia!
Oh, cuántas esperanzas lleva el viento!
Oh, cuán ocioso está mi pensamiento
Cuando se ocupa en bien de cosa mia!
A mi esperanza, así como á baldía,
Mil veces la castiga mi tormento.
Las más veces me entrego, otras resisto
Con tal furor, con una fuerza nueva,
Que un monte puesto encima romperia.
Aqueste es el deseo que me lleva
A que desee tornar á ver un dia
A quien fuera mejor nunca haber visto.

IV.

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios queria!
Juntas estais en la memoria mia,
Y con ella en mi muerte conjuradas.
¿Quién me dijera, cuando en las pasadas
Horas en tanto bien por vos me via,
Que me habiais de ser en algun dia
Con tan grave dolor representadas?
Pues en una hora junto me llevastes
Todo el bien que por términos me distes,
Llevadme junto el mal que me dejastes.
Si no, sospecharé que me pusistes
En tantos bienes, porque deseastes
Verme morir entre memorias tristes.

FRAY LUIS DE LEON.

ODAS.

LA VIDA TRANQUILA.

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jaspes sustentado.
No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera,
Ni cura si encarama
La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera.
¿Qué présta á mí contento,
Si soy del vano dedo señalado,
Si en busca de este viento

Ando desalentado
Con ánsias vivas, con mortal cuidado?
¡Oh monte, oh fuente, oh rio,
Oh secreto seguro, deleitoso!
Roto casi el navío,
A vuestro almo reposo
Huyo de aqueste mar tempestuoso.
Un no rompido sueño,
Un dia puro, alegre, libre quiero;
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De á quien la sangre ensalza ó el dinero.
Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido,
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atenido.
Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas, sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De ódio, de esperanzas, de recelo.
Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera,
De bella flor cubierto,
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.
Y como codiciosa,
Por ver y acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura;
Y luégo, sosegada,
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada

De verdura vistiendo,
Y con diversas flores va esparciendo.
El aire el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido,
Los árboles menea
Con un manso ruido,
Que del oro y del cetro pone olvido.
Ténganse su tesoro
Los que de un falso leño se confian;
No es mio ver el lloro
De los que desconfian
Cuando el cierzo y el ábrego porfian.
La combatida antena
Cruje, y en ciega noche el claro dia
Se torna, al cielo suena
Confusa vocería,
Y la mar enriquecen á porfía.
A mí una pobrecilla
Mesa, de amable paz bien abastada,
Me basta; y la vajilla
De fino oro labrada
Sea de quien la mar no teme airada.
Y miéntras miserable-
Mente se están los otros abrasando
Con sed insaciable
Del peligroso mando,
Tendido yo á la sombra esté cantando;
A la sombra tendido,
De hiedra y lauro eterno coronado,
Puesto el atento oido
Al són dulce, acordado,
Del plectro sábiamente meneado.

PROFECÍA DEL TAJO.

Folgaba el rey Rodrigo
Con la hermosa Cava en la ribera
Del Tajo, sin testigo;
El rio sacó fuera
El pecho, y le habló desta manera:
«En mal punto te goces,
Injusto forzador; que ya el sonido
Oyo ya, y las voces,
Las armas y el bramido
De Marte, y de furor y ardor ceñido.
»¡Ay! Esa tu alegría
Que llantos acarrea! y esa hermosa
(Que vió el sol en mal dia),
A España ¡ay! cuán llorosa
Y al cetro de los godos cuán costosa!
»Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamiento, fieros males
Entre tus brazos cierras,
Trabajos inmortales,
A tí y á tus vasallos naturales,
»A los que en Constantina
Rompen el fértil suelo, á los que baña
El Ebro, á la vecina
Sansueña, á Lusitaña,
A toda la espaciosa y triste España.
»Ya dende Cádiz llama
El injuriado Conde, á la venganza,
Atento, y no á la fama,
La bárbara pujanza,
En quien para tu daño no hay tardanza.
»Oye que al cielo toca

Con temeroso són la trompa fiera;
Que en Africa convoca
El moro á la bandera,
Que al aire desplegada va ligera.
»La lanza ya blandea
El árabe cruel, y hiere el viento
Llamando á la pelea;
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.
»Cubre la gente el suelo,
Debajo de las velas desparece
La mar, la voz al cielo
Confusa y vária crece,
El polvo roba el dia y le escurece.
»¡Ay, que ya presurosos
Suben las largas naves! ¡Ay, que tienden
Los brazos vigorosos
A los remos, y encienden
Las mares espumosas por do hienden!
»El Eolo derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada
Por el hercúleo estrecho
Con la punta acerada
El gran padre Neptuno da á la armada.
»¡Ay triste! ¿Y áun te tiene
El mal dulce regazo, ni llamado,
Al mal que sobreviene
No acorres? ¿Ocupado
No ves ya el puerto á Hércules sagrado?
»Acude, corre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No dés paz á la mano,
Menea fulminante el hierro insano.
»¡Ay, cuánto de fatiga!

¡Ay, cuánto de sudor está presente
Al que viste loriga,
Al infante valiente,
A hombres y á caballos juntamente.
»Y tú, Bétis divino,
De sangre ajena y tuya amancillado,
¡Darás al mar vecino
Cuánto yelmo quebrado,
Cuánto cuerpo de nobles destrozado!
»El furibundo Marte
Cinco luces las heces desordena,
Igual á cada parte;
La sexta ¡ay! te condena,
Oh cara patria, á bárbara cadena.»

NOCHE SERENA, Á OLOARTE.

Cuando contemplo el cielo,
De innumerables luces adornado,
Y miro hácia el suelo,
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado,
El amor y la pena
Despiertan en mi pecho un ánsia ardiente,
Despiden larga vena,
Los ojos hechos fuente,
Oloarte, y digo al fin con voz doliente:
«Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
El alma que a tu alteza

Nació ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel baja, escura?
»¿Qué mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,
Que de tu bien divino
Olvidado, perdido,
Sigue la vana sombra, el bien fingido?»
El hombre está entregado
Al sueño, de su suerte no cuidando,
Y con paso callado
El cielo vueltas dando,
Las horas del vivir le va hurtando.
¡Oh! despertad, mortales,
Mirad con atencion en vuestro daño;
Las almas inmortales,
Hechas á bien tamaño,
¿Podrán vivir de sombras y de engaño?
¡Ay! levantad los ojos
A aquesta celestial eterna esfera,
Burlaréis los antojos
De aquesa lisonjera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.
¿Es más que un breve punto
El bajo y torpe suelo, comparado
Con ese gran trasunto,
Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?
Quien mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternales,
Su movimiento cierto,
Sus pasos desiguales,
Y en proporcion concorde tan iguales;
La luna cómo mueve
La plateada rueda, y va en pos de ella
La luz do el saber llueve,

Y la graciosa estrella
De amor la sigue, reluciente y bella;
  Y cómo otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte airado,
Y el Júpiter benino,
De bienes mil cercado,
Serena el cielo con su rayo amado.
  Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro;
Tras él la muchedumbre
Del reluciente coro
Su luz va repartiendo y su tesoro.
  ¿Quién es el que esto mira,
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira,
Y rompe lo que encierra
El alma, y destos bienes la destierra?
  Aquí vive el contento,
Aquí reina la paz, aquí asentado
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado,
De glorias y deleites rodeado.
  Inmensa hermosura
Aquí se muestra toda, y resplandece
Clarísima luz pura,
Que jamas anochece;
Eterna primavera aquí florece.
  ¡Oh campos verdaderos!
¡Oh prados con verdad frescos y amenos,
Riquísimos mineros!
¡Oh deleitosos senos,
Repuestos valles, de mil bienes llenos!

Á FELIPE RUIZ.

  ¿Cuándo será que pueda
Libre desta prision volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
Que huye más del suelo
Contemplar la verdad pura sin duelo?
  Allí, á mi vida junto,
En luz resplandeciente convertido,
Veré distinto y junto
Lo que es y lo que ha sido,
Y su principio propio y ascondido.
  Entónces veré cómo
La soberana mano echó el cimiento
Tan á nivel y plomo,
Dó estable y firme asiento
Posee el pesadísimo elemento;
  Veré las inmortales
Columnas dó la tierra está fundada,
Las lindes y señales
Con que á la mar hinchada
La Providencia tiene aprisionada;
  Por qué tiembla la tierra,
Por qué las hondas mares se embravecen;
Dó sale á mover guerra
El cierzo, y por qué crecen
Las aguas del Océano y descrecen;
  De dó manan las fuentes;
Quién ceba y quién bastece de los rios
Las perpétuas corrientes,
De los helados frios
Veré las causas y de los estíos;
  Las soberanas aguas,

Del aire en la region quién las sostiene,
De los rayos las fraguas;
Dó los tesoros tiene
De nieve Dios, y el trueno dónde viene.
¿No ves cuando acontece
Turbarse el aire todo en el verano,
El dia se ennegrece,
Sopla el Gallego insano,
Y sube hasta el cielo el polvo vano;
Y entre las nubes mueve
Su carro Dios, ligero y reluciente;
Horrible són conmueve,
Relumbra fuego ardiente,
Treme la tierra, humíllase la gente;
La lluvia baña el techo,
Invian largos rios los collados,
Su trabajo deshecho
Los campos anegados
Miran los labradores espantados?
Y de allí levantado,
Veré los movimientos celestiales,
Ansí el arrebatado
Como los naturales,
Las causas de los hados, las señales.
Quién rige las estrellas
Veré, y quién las enciende con hermosas
Y eficaces centellas;
Por qué están las dos osas
De bañarse en la mar siempre medrosas.
Veré este fuego eterno,
Fuente de vida y luz, dó se mantiene,
Y por qué en el invierno
Tan presuroso viene;
Quién en las noches largas le detiene.
Veré sin movimiento

En la más alta esfera las moradas
Del gozo y del contento,
De oro y luz labradas,
De espíritus dichosos habitadas.

EN LA ASCENSION.

¿Y dejas, Pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, oscuro,
Con soledad y llanto,
Y tú, rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro?
Los ántes bienhadados,
Y los agora tristes y afligidos,
A tus pechos criados,
De tí desposeidos,
¿A dó convertirán ya sus sentidos?
¿Qué mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?
A aqueste mar turbado,
¿Quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
Al viento fiero, airado,
Estando tú cubierto?
¿Qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! nube envidiosa
Aun deste breve gozo, ¿qué te quejas?
¿Dó vuelas presurosa?

¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos ¡ay! nos dejas!

Á SANTIAGO.

Las selvas conmoviera,
Las fieras alimañas, como Orfeo,
Si ya mi canto fuera
Igual á mi deseo,
Cantando el nombre santo Zebedeo;
Y fueran sus hazañas
Por mí con voz eterna celebradas,
Por quien son las Españas
Del yugo desatadas
Del bárbaro furor y libertadas;
Y aquella nao dichosa,
Del cielo esclarecer merecedora,
Que joya tan preciosa
Nos trujo, fuera agora
Cantada del que en Citia y Cairo mora.
Osa el cruel tirano
Ensangrentar en tí su injusta espada:
No fué consejo humano;
Estaba á tí ordenada
La primera corona, y consagrada.
La fe que á Cristo diste
Con presta diligencia has ya cumplido;
De su cáliz bebiste
Apénas que subido
Al cielo retornó, de tí partido.

No sufre larga ausencia,
No sufre, no, el amor que es verdadero.
La muerte y su inclemencia
Tiene por muy ligero
Medio por ver al dulce compañero.
Cual suele el fiel sirviente,
Si en medio la jornada le han dejado,
Que haciendo prestamente
Lo que le fué mandado,
Torna buscando al amo ya alejado;
Ansí entregado al viento,
Del mar Egeo al mar de Atlante vuela,
Dó puesto el fundamento
De la cristiana escuela,
Torna buscando á Cristo á remo y vela.
Allí por la maldita
Mano el sagrado cuello fué cortado;
Camina en paz bendita,
Alma, que ya has llegado
Al término por tí tan deseado.
A España, á quien amaste
(Que siempre al buen principio el fin responde)
Tu cuerpo le enviaste
Para dar luz adonde
El sol su claridad cubre y esconde.
Por los tendidos mares
La rica navecilla va cortando;
Nereidas á millares,
Del agua el pecho alzando,
Turbadas entre sí, la van mirando.
Y dellas hubo alguna
Que, con las manos de la nave asida,
La aguija con la una,
Y con la otra tendida
A las demas, que lleguen las convida.

Ya pasa del Egeo,
Vuela por el Ionio, atras ya deja
El puerto Lilibeo,
De Córcega se aleja,
Y por llegar al nuestro mar se aqueja.
Esfuerza, viento, esfuerza,
Hinche la santa vela, embiste en popa
El viento; haz que no tuerza
Dó Avila casi topa
Con Calpe, hasta llegar al fin de Europa.
Y tú, España, segura
Del mal y cautiverio que te espera,
Con fe y voluntad pura
Ocupa la ribera,
Recibirás tu guarda verdadera;
Que tiempo será cuando,
De innumerables huestes rodeada,
Del cetro real y mando
Te verás derrocada,
En sangre, en llanto y en dolor bañada.
De hácia el Mediodía
Oye que la voz amarga suena:
La mar de Berbería
De flotas veo llena;
Hierve la costa en gente, en sol la arena.
Con voluntad conforme
Las proas contra tí se dan al viento,
Y con clamor deforme
De pavoroso acento
Avivan de remar el movimiento.
Y la infernal Meguera,
La frente de ponzoña coronada,
Guia la delantera
De la morisca armada,
De fuego, de furor, de muerte armada.

Cielos, so cuyo amparo
España está á merced, en tanta afrenta,
Si ya este suelo caro
Os fué, nunca consienta
Vuestra piedad que mal tan crudo sienta.
Mas ¡ay! que la sentencia
En tabla de diamante está esculpida;
Del godo la potencia
Por el suelo caida,
España en breve tiempo es destruida.
¿Cuál rio caudaloso,
Que los opuestos muelles ha rompido
Con sonido espantoso,
Por los campos tendido,
Tan presto y tan feroz jamas se vido?
Mas cese el triste llanto,
Recobre el español su bravo pecho,
Que ya el Apóstol santo,
Un otro Marte hecho,
Del cielo viene á dalle su derecho.
Vesle de limpio acero
Cercado, y con la espada relumbrante:
Como rayo ligero,
Cuanto le va delante
Destroza y desbarata en un instante.
De grave espanto herido,
Los rayos de su vista no sostiene
El moro descreido;
Por valiente se tiene
Cualquier que para huir ánimo tiene.
Huye, si puedes tanto,
Huye; mas por demas, que no hay huida;
Bebe dolor y llanto
Por la mesma medida
Con que ya España fué de tí medida.

Como leon hambriento
Sigue, teñida en sangre espada y mano,
De más sangre sediento,
Al moro que huye en vano;
De muertos queda lleno el monte llano.
¡Oh gloria, oh gran prez nuestra,
Escudo fiel, oh celestial guerrero!
Vencido ya se muestra
El africano fiero
Por tí, tan orgulloso de primero.
Por tí del vituperio,
Por tí de la afrentosa servidumbre
Y triste cautiverio
Libres en clara lumbre,
Y de la gloria estamos en la cumbre.
Siempre venció tu espada,
O fuese de tu mano poderosa,
O fuese meneada
De aquella generosa
Que sigue tu milicia religiosa.
De tu virtud divina
La fama, que resuena en toda parte,
Siquiera sea vecina,
Siquiera más se aparte,
A la gente conduce á visitarte.
El áspero camino
Vence con devocion, y al fin te adora
El franco, el peregrino
Que Libia descolora,
El que en Poniente, el que en Levante mora.

EN LA CARCEL DONDE ESTUVO PRESO.

Aquí la envidia y mentira
Me tuvieron encerrado.
Dichoso el humilde estado
Del sabio que se retira
De aqueste mundo malvado,
Y con pobre mesa y casa
En el campo deleitoso
Con solo Dios se compasa,
Y á solas su vida pasa,
Ni envidiado, ni envidioso.

EPITAFIO AL TÚMULO DEL PRÍNCIPE

DON CÁRLOS.

Aquí yacen de Cárlos los despojos,
La parte principal volvióse al cielo;
Con ella fué el valor; quedóle al suelo
Miedo en el corazon, llanto en los ojos.

SAN JUAN DE LA CRUZ.

CANCIONES.

I.

1. En una noche obscura,
Con ánsias en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.
2. A obscuras y segura,
Por la secreta escala, disfrazada,
¡Oh dichosa ventura!
A obscuras, encelada,
Estando ya mi casa sosegada.
3. En la noche dichosa,
En secreto, que nadie me veia,
Ni yo miraba cosa,
Sin otra luz ni guía,
Sino la que en el corazon ardía.
4. Aquesta me guiaba
Más cierto que la luz de mediodía,

Adonde me esperaba
Quien yo bien me sabía,
En parte donde nadie parecia.
5. ¡Oh noche, que guiaste,
Oh noche amable más que el alborada!
Oh noche, que juntaste
Amado con amada,
Amada en el Amado trasformada!
6. En mi pecho florido,
Que entero para él solo se guardaba,
Allí quedó dormido:
Yo le regalaba,
Y el ventalle de cedros aire daba.
7. El aire del almena,
Cuando ya sus cabellos esparcia,
Con su mano serena
En mi cuello heria,
Y todos mis sentidos suspendia.
8. Quedéme y olvidéme,
El rostro recliné sobre el Amado,
Cesó todo, y dejéme,
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado.

II.

CANCION ENTRE EL ALMA Y EL ESPOSO.

ESPOSA.

1. ¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?

Como el ciervo huiste,
Habiéndome herido ;
Salí tras tí clamando, y ya eras ido.
2. Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero,
Decidle que adolezco, peno y muero.
3. Buscando mis amores,
Iré por esos montes y riberas,
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.
4. ¡Oh bosques y espesuras,
Plantadas por mano del Amado!
¡Oh prado de verduras,
De flores esmaltado!
Decid si por vosotros ha pasado.

CRIATURAS.

5. Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

ESPOSA.

6. ¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero,
No quieras enviarme
De hoy más ya mensajero,
Que no saben decirme lo que quiero.
7. Y todos cuantos vagan,

De tí me van mil gracias refiriendo,
Y todos más me llegan,
Y déjame muriendo
Un no sé qué que quedan balbuciendo.
8. Mas, ¿cómo perseveras,
¡Oh vida! no viviendo donde vives,
Y haciendo porque mueras,
Las flechas que recibes,
De lo que del Amado en tí concibes?
9. ¿Por qué, pues has llegado
A aqueste corazon, no le sanaste?
Y pues me lo has robado,
¿Por qué así le dejaste,
Y no tomas el robo que robaste?
10. Apaga mis enojos,
Pues que ninguno basta á deshacellos,
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbre de ellos,
Y sólo para tí quiero tenellos.
11. Descubre tu presencia,
Y máteme tu vista y hermosura ;
Mira que la dolencia
De amor, que no se cura
Sino con la presencia y la figura.
12. ¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados
Formases de repente
Los ojos deseados
Que tengo en mis entrañas dibujados!
13. Apártalos, Amado,
Que voy de vuelo.

ESPOSO.

Vuélvete, paloma,

010110

Que el ciervo vulnerado
Por el otero asoma,
Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

ESPOSA.

14. Mi Amado, las montañas,
Los valles solitarios nemorosos,
Las ínsulas extrañas,
Los rios sonorosos,
El silbo de los aires amorosos;
15. La noche sosegada
En par de los levantes de la aurora,
La música callada,
La soledad sonora,
La cena, que recrea y enamora,
16. Cazadnos las raposas,
Que está ya florecida nuestra viña,
En tanto que de rosas
Hacemos una piña,
Y no parezca nadie en la montiña.
17. Detente, cierzo muerto,
Vén, austro, que recuerdas los amores,
Aspira por mi huerto,
Y corran tus olores,
Y pacerá el Amado entre las flores.
18. Oh ninfas de Judea,
En tanto que en las flores y rosales
El ámbar perfumea,
Morá en los arrabales,
Y no querais tocar nuestros umbrales.
19. Escóndete, Carillo,
Y mina con tu haz á las montañas,
Y no quieras decillo;
Mas mira las campañas

De la que va por ínsulas extrañas.

ESPOSO.

20. A las aves ligeras,
Leones, ciervos, gamos saltadores,
Montes, valles, riberas,
Aguas, aires, ardores,
Y miedos de las noches veladores,
21. Por las amenas liras
Y cantos de Sirenas os conjuro
Que cesen vuestras iras,
Y no toqueis al muro,
Porque la Esposa duerma más seguro.
22. Entrádose ha la Esposa
En el ameno huerto deseado,
Y á su sabor reposa,
El cuello reclinado
Sobre los dulces brazos del Amado.
23. Debajo del manzano
Allí conmigo fuiste desposada,
Allí te dí la mano,
Y fuiste reparada
Donde tu madre fuera violada.

ESPOSA.

24. Nuestro lecho florido,
De cuevas de leones enlazado,
En púrpura tendido,
De paz edificado,
De mil escudos de oro coronado.
25. Á zaga de tu huella
Los jóvenes discurren al camino
Al toque de centella,

Al adobado vino,
Emisiones de bálsamo divino.
26. En la interior bodega
De mi Amado bebí, y cuando salia
Por toda aquesta vega,
Ya cosa no sabía,
Y el ganado perdí que ántes seguia.
27. Allí me dió su pecho,
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
Y yo le dí de hecho
Á mí, sin dejar cosa;
Allí le prometí de ser su esposa.
28. Mi alma se ha empleado,
Y todo mi caudal, en su servicio;
Ya no guardo ganado
Ni ya tengo otro oficio,
Que ya sólo en amar es mi ejercicio.
29. Pues ya si en el ejido
De hoy más no fuere vista ni hallada,
Diréis que me he perdido,
Que, andando enamorada,
Me hice perdidiza y fuí ganada.
30. De flores y esmeraldas
En las frescas mañanas escogidas,
Harémos las guirnaldas,
En tu amor florecidas,
Y en un cabello mio entretejidas.
31. En sólo aquel cabello
Que en mi cuello volar consideraste,
Mirástele en mi cuello,
Y en él preso quedaste,
Y en uno de mis ojos te llagaste.
32. Cuando tú me mirabas,
Su gracia en mí tus ojos imprimian,
Por eso me adamabas,

Y en eso merecian
Los mios adorar lo que en tí vian.
33. No quieras despreciarme,
Que si color moreno en mi hallaste,
Ya bien puedes mirarme,
Despues que me miraste;
Que gracia y hermosura en mí dejaste.

ESPOSO.

34. La blanca palomica
Al arca con el ramo se ha tornado,
Y ya la tortolica
Al socio deseado
En las riberas verdes ha hallado.
35. En soledad vivia,
Y en soledad ha puesto ya su nido,
Y en soledad la guía
Á solas su querido,
Tambien en soledad de amor herido.

ESPOSA.

36. Gocémonos, Amado,
Y vámonos á ver en tu hermosura
Al monte y al collado,
Do mana el agua pura;
Entremos más adentro en la espesura.
37. Y luégo á las subidas
Cavernas de las piedras nos irémos,
Que están bien escondidas,
Y allí nos entrarémos,
Y el mosto de granadas gustarémos.
38. Allí me mostrarias
Aquello que mi alma pretendia,

Y luégo me darias
Allí tú, vida mia,
Aquello que me diste el otro dia.
39. El aspirar del aire,
El canto de la dulce filomena,
El soto y su donaire
En la noche serena
Con llama que consume y no da pena.
40. Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecia,
Y el cerco sosegaba,
Y la caballería
Á vista de las aguas descendia.

III.

I. ¡Oh llama de amor viva,
Que tiernamente hieres
De mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
Acaba ya, si quieres,
Rompe la tela de este dulce encuentro.
II. ¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,
Que á vida eterna sabe,
Y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.
III. ¡Oh lámparas de fuego,
en cuyos resplandores

Las profundas cavernas del sentido,
Que estaba oscuro y ciego,
Con extraños primores,
Calor y luz dan junto á su querido!
IV. ¡Cuán manso y amoroso
Recuerdas en mi seno,
Donde secretamente solo moras!
Y en tu aspirar sabroso,
De bien y gloria lleno,
¡Cuán delicadamente me enamoras!